

BASES ETICAS DEL PROYECTO HUMANISTA Y DESALIENADOR DEL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

**Pablo Guadarrama
 González ***

LA historia recoge en su haber varias formas de humanismo desde la antigüedad, aun cuando usualmente este término se trate de circunscribir al pensamiento que se produce a partir del Renacimiento o de la decadencia de la Edad Media. Generalmente se reconocen los orígenes del humanismo en la cultura grecolatina, pero se ignoran sus manifestaciones en el pensamiento oriental. La subordinación que se operó en él durante el medioevo respecto a la teología¹, ha motivado que se le otorgue mayor trascendencia a partir de la constitución de los pilares del mundo moderno.

Cuando el hombre comenzó a tomar conciencia de su especial circunstancialidad en el mundo, dio inicio a sus reflexiones sobre ella y a su proyección como ser cualitativamente diferente a los de su entorno -como ser laboral, moral, etc.-, sin embargo no todo el producto de esas precoces consideraciones ontológicas pasaron a formar parte del acervo humanista del pensamiento universal. Para alcanzar tal condición tuvieron antes que trascender el reconocimiento de su au-

tenticidad en varios planos, especialmente en el ético y axiológico en su sentido más amplio, en tanto el hombre mismo fuese considerado valor y fin supremo de todo criterio y actividad humanas.

Sólo a partir de ese momento podría entonces plantearse inquietudes respecto a los factores que podrían alejarlo de su ser, al enjuiciarlo desde una perspectiva subhumanizada o naturalizada, esto es, alienada, que lo distanciaban de su justa autovaloración como ser eminentemente moral. Indudablemente este paso implicaba situarse en los umbrales indispensables de la filosofía.

En tanto la lámpara de Diógenes no comenzara a iluminar algunos recónditos rincones hasta entonces inexplorados por la mente humana no estarían en condiciones las nacientes preocupaciones antropológicas de asumir posiciones más definitorias en favor o en contra del humanismo. Esto no significa que con an-

terioridad no se apreciaran elementos de lo que posteriormente se iría constituyendo como las bases éticas que las diferentes culturas y épocas de la humanidad se intercambiarían y apropiarían a manera de herencia común.

Aún quedan muchas incógnitas por despejar en cuanto a las recíprocas influencias del pensamiento humanista que se produjeron entre las culturas orientales y la grecolatina. Del mismo modo que las que se dieron entre el "Viejo Mundo" y el no menos antiguo mundo americano.

El pensamiento no vino a estas tierras como dádiva del conquistador europeo. En los pueblos precolombinos hubo fermentos humanistas y desalienadores que muchas veces fueron apagados y aún siguen en su mayoría subestimados por las distintas culturas dominantes.

El mito también fue en América cuna de la reflexión filosófica aun cuando ese niño del pensamiento fuese drásticamente asfixiado antes de articular palabras superiores. Es posible hoy en día dedicar detenido análisis a desentrañar algunas de las expresiones de los intentos desalienadores que se apreciaron en las culturas originarias de estas tierras

* Universidad Central de las Villas, Santa Clara, Cuba.

que se fundaban en una concepción del hombre no por distinta inferior de las importadas por los conquistadores.

Independientemente de los diferentes grados de desarrollo socioeconómico que tuvieron nuestros pueblos, a partir de los testimonios que se han podido rescatar se evidencia una permanente preocupación por otorgar un privilegiado lugar al hombre en sus cosmogonías y cosmologías. Así se aprecia en el Popol Vuh donde se plantea que: "No habrá gloria ni grandeza en nuestra creación y formación hasta que exista la criatura humana, el hombre formado".² De lo que se infiere, si los textos son fidedignos, que no interesaba tanto la formación del mundo en sí como de su principal producto y valor: el hombre.

Son múltiples los ejemplos que prueban la preocupación existente en estos pueblos ancestrales porque el hombre alcanzase un *status* de poderío y se lamentaban cuando por razones de corrupción de las normas morales vigentes, éste se debilitaba y alienaba.

En otro mito maya se dice que el hombre rojo "fue dueño de mandar en todas las fuerzas que se ven y en las que no se ven. Los cuatro mundos que hay dentro de este mundo le obedecían y era rey del agua y del aire, del fuego y de la Tierra. Le fue dado gran saber y poder, que luego perdió"³ a causa de ceder ante la maldad que le llevó incluso a asesinar al propio hombre. Esto demuestra la extraordinaria significación que le otorgaban a que el hombre indujese sus acciones por los caminos del bien o del mal. Sabían enjuiciar la actividad humana desde posiciones muy definidas éticamente y distantes de cualquier tipo de neutralidad axiológica.

Tanto en la cultura maya, como en la inca y la azteca prevaleció el criterio de que el hombre es un ser perfectible, aun cuando guarda en sí la ponzoña de la maldad, pero como ser autoeducable es la criatura más poderosa, para poder evadir exitosamente los cíclicos predomios del bien y el mal en las relaciones

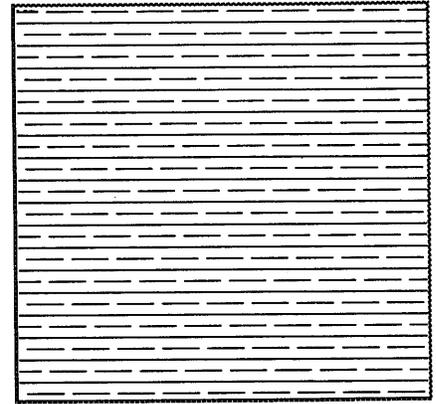
humanas y en las del hombre con la naturaleza.

El hecho de que se haya extendido la mítica visión de buscar en el maíz, elemento vital para existencia de estos pueblos, la fuente primigenia de la creación humana constituye una muestra de la alta estimación de signo positivo en su valoración que le otorgaban al hombre.

El común afán porque el hombre cultivase la sabiduría y no se dejase cegar por los múltiples misterios del mundo estuvo por lo común presente en la mayoría de los mitos precolombinos. No es la nota pesimista la que impregna la mayor parte de ellos, sino por el contrario la permanente propensión desalienadora que se manifiesta cuando tratan de explicar infinidad de complejos fenómenos de una forma muy sencilla y a través de numerosas analogías con la naturaleza.

Sus concepciones astrológicas, que establecían determinadas correlaciones, como en otras culturas, entre el movimiento de los astros y el destino de las personas, indicaba que concebían el mundo no de manera caótica sino regulada. Y en tal regulación el papel de las voluntades de los dioses muchas veces era secundario y respondía de algún modo a la actuación y exigencia de los propios hombres.

Laurette Séjourne impresionada por lo que denomina "el humanismo quetzalcoatlano" llama la atención sobre el significativo hecho de que las colosales construcciones de Teotihuacán fuesen destruidas y reconstruidas cíclicamente cada 52 años, que en aquella época era el promedio de vida humano. Los aztecas "... a la vez que respondieron con ímpetu al reto del mundo exterior, proyectaron sus obras en un tiempo que dominaban. Es el hombre y no las fuerzas ciegas, quien fija el ciclo vital al final del cual las cosas, habiendo cumplido su misión en la marcha hacia la plenitud, son reemplazadas por otras destinadas al mismo fin".⁴ Esto significa que la máxima de Protágoras referida al hombre como medida de todas las cosas no era ajena al



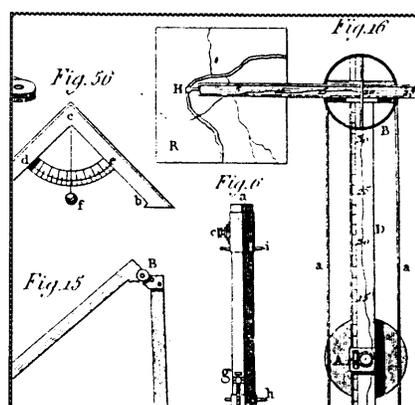
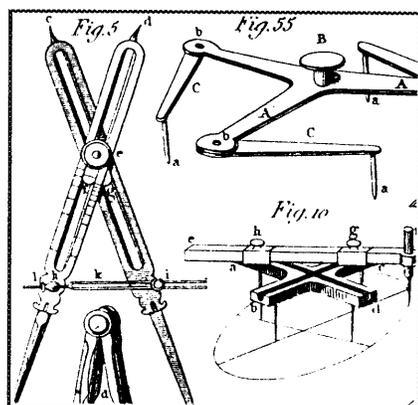
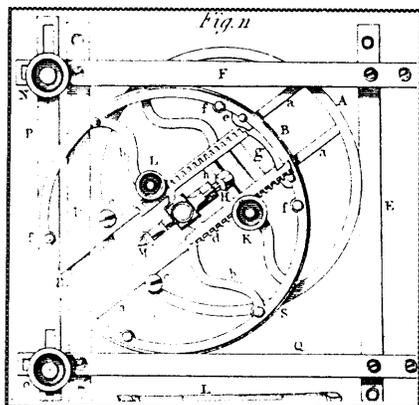
pensamiento náhuatl, aunque fuese desconocida la paternidad de la idea.

Los niveles de enajenación no llegaron a la sublimación que se presenta en otras religiones más espiritualizadas. La visión naturalista, monofisista y antropologizada que se aprecia en muchas de sus concepciones religiosas presupone una concepción del hombre como ser con un poderío superior al que le han adjudicado aquellas religiones que han alcanzado mayor universalidad.

La mitología de los pueblos aborígenes de estas tierras descansaba sobre fuertes pilares éticos y apoyaba el futuro devenir de aquellas comunidades en aquellos valores que reconocían como inherentes y consustanciales a la condición humana como la abnegación ante el trabajo, la valentía, la bondad, el desinterés, el amor a la familia y la comunidad, etcétera.

Algo que caracteriza a este pensamiento y que constituye una de sus fundamentales bases éticas es la consideración de que la causa del posible deterioro de las relaciones humanas radica en el hombre mismo y no en los designios divinos o en la eterna naturaleza misantrópica del propio hombre. Por el contrario plantean las fuentes de la regeneración humana en el culto a la dignidad, a la honradez, al honor, al respeto a la vida y a la naturaleza, el desinterés por los bienes, etc., que tanto impresionaron y aún causan asombro al invasor europeo.

Si las instituciones penales y jurídicas en general no habían alcanzado en los



pueblos precolombinos los niveles acostumbrados en el mundo de los conquistadores, no era por simple falta de desarrollo de la conciencia jurídica o de las instituciones judiciales sino porque la conciencia moral poseía un radio mayor de acción y eficiencia, lo cual indica proximidad más constante a los niveles de humanización a los que se aspira y proporcional distanciamiento de formas posteriores de enajenación que estas cultura desconocieron.

Un aspecto muy consustancial a estos pueblos fue también su culto al trabajo y no a la holgazanería como prejuiciadamente propagó el conquistador europeo. Desde Quetzalcóatl que enseñaba a los hombres las diversas formas de cultivar la tierra y las artes hasta los descendientes de nuestros aborígenes se aprecia este distinguible componente de una ética laboral, que en muchos casos se vincula indisolublemente al espíritu colectivista que impone hasta cierto punto lograr la subsistencia de la comunidad.

Existen pruebas testificales que demuestran la existencia entre los aztecas de organizaciones filantrópicas de ayuda mutua y comunitaria que trascendían las relaciones familiares. Del mismo modo las formas de esclavitud generalizada del tipo asiático, muy diferente de la grecolatina en cuanto al trato a los esclavos, entre otras cuestiones, constituyen índices de los ingredientes humanitarios que componían aquella poderosa cultura.

La alta estimación a la actividad productiva y al servicio común que prevale-

ció en estos pueblos, y que aún mantiene sus huellas, constituye uno de los componentes esenciales de las bases éticas y una de las mejores expresiones de los significativos pasos desalienadores que pueden apreciarse en estas culturas de las cuales debemos enorgullecernos en estos momentos que nos convoca el quinto centenario de su abortiva historia.

En el seno de la escolástica latinoamericana también se dieron manifestaciones muy consecuentes con ese proyecto humanista que está latente en el pensamiento precolombino. Desde los primeros momentos de ese largo proceso de transculturación que se produjo entre Europa y América, la problemática humanista estuvo presente en el incipiente nacimiento del pensamiento filosófico al punto que se convirtió en su eje nucleico principal, pues la disputa sobre la condición humana de nuestros aborígenes constituyó el primer capítulo de su historia.

Estas reflexiones antropológicas concretas le han permitido a ese pensamiento salvar los escollos del ontologismo abstracto y la carga metafísica que era común por entonces a la escolástica europea.

Las preocupaciones por el hombre, su naturaleza, esencia y condición, diferenciaron al pensamiento latinoamericano. La discusión sobre la posibilidad o no de considerar a un tipo de hombre muy concreto, en este caso el latinoamericano, como representante también de la especie humana marcó definitivamente el

punto de partida del filosofar en América Latina hasta nuestros días y parece ser que se mantiene en última instancia con plena actualidad cuando grandes mayorías subsisten en condiciones infrahumanas.

El humanismo ha sido, es y será consustancial a la reflexión filosófica de estas tierras.

En las polémicas entre Sepúlveda y Las Casas, este último tuvo que recurrir a la ética aristotélica⁵ para encontrar argumentos que sirvieran a su causa defensora de los aborígenes americanos, aun cuando no dejase de ser moralmente reprochable también su propuesta de sustituir con negros esclavizados la deteriorada población indígena. Esto indica que fue en el terreno de la ética y de la reflexión antropológica,⁶ y no tanto en el del derecho, como usualmente se sostiene - aun cuando en este terreno también tuvo sus incidencias-, donde desplegaron las discusiones tempranas de la filosofía en América

Por haber cobrado dimensión tan fuerte en el pensamiento americano del siglo XVI la preocupación eticista, sus repercusiones se hicieron sentir en las épocas siguientes. Aunque los problemas de carácter lógico, cosmológico, epistemológico, estuvieron presentes también en la escolástica latinoamericana como lo demuestran las investigaciones de Walter Redmond, para quien en el siglo XVII hubo en estas tierras un Siglo de Oro en filosofía,⁷ la dimensión ética⁸ y

en especial las propuestas humanistas tendrían mayor presencia y potencia.

Si se tiene en cuenta que la escolástica en Europa tenía a Dios y no al hombre como su centro principal de atención, las preocupaciones antropológicas y principalmente éticas que se produjeron en América constituían una manifestación de emancipación mental respecto al tutelaje teológico a que estaba sometida por entonces la actividad filosófica.

Con anterioridad la escuela franciscana había emprendido por la vía del nominalismo la temprana preparación del espíritu experimental y terrenalmente humano que demandaría después la modernidad. También en América serían sacerdotes, básicamente, hasta la época de nuestra ilustración inclusive, los que enarbolaban las banderas del humanismo y la liberación, en el plano de las ciencias y las artes y en el riesgoso terreno socio-político.

Es cierto que en el caso de España la entrada a la modernidad tuvo un retraso que aún gravita sobre los pueblos latinoamericanos al no arraigar plenamente el culto a la tolerancia, el respeto a la racionalidad, la secularización, etc., como conjunto de valores creados por la civilización. Sin embargo el muro de los Pirineos fue permeado por algunas de las ideas humanistas y desalienadoras de inspiración renacentistas que fueron tomando arraigo en el mundo cultural latinoamericano a pesar del traslado a estas tierras también del tribunal de la Santa Inquisición.

Los efectos de esta última se hicieron sentir en la merma de la actividad filosófica a finales del siglo XVI y el consecuente incremento de la reflexión teológica. No obstante las preocupaciones de carácter ético, político, económico, se mantuvieron latentes y a través de ellas emergió más de una vez la hidra filosófica, que desde aquellos tiempos ha sido vista siempre como actividad peli-grosa y comprometida.

Desde entonces algunos han argumentado la ausencia de pensamiento propiamente filosófico en América Latina por no alcanzar el grado de vuelo teórico, pureza y sistematicidad, que se aprecia en Europa. Se ignora que también en aquellas latitudes la filosofía no solamente despliega sus alas al anochecer como el búho de Minerva, sino que se ve obligado constantemente a poner sus garras sobre las telúricas ramas de los árboles para lograr el indispensable alimento terrenal.

Sería en nuestra ilustración y en especial en el pensamiento de la independencia donde alcanzaría los niveles de trascendencia que alcanzan en la actualidad, motivados por la perenne imposición de muchas de las aspiraciones de dignificación del hombre latinoamericano.

Cuando los humanistas del siglo XVII como Francisco Javier Clavijero, exaltaron la eticidad de los aborígenes americanos destacando en ellos el amor al trabajo, a la verdad, su modestia, el desprecio al vicio, las enseñanzas en la austeridad y la honestidad⁹ contribuían a preparar el terreno ideológico para la emancipación política que ya se iniciaba como justo intento por recuperar la dignidad estropeada por la dominación colonial.

La reivindicación de los valores del hombre autóctono de América se constituyó en motivo frecuente de polémicas durante la ilustración, pues algunos sectores de la ascendente clase criolla trataron de marginarlos, como aún puede observarse, y hasta se cuestionaba el reconocimiento de su condición humana y racional.¹⁰

La ilustración latinoamericana desempeñó un significativo papel en el proceso desalienatorio del pensamiento escolástico prevaleciente al iniciar la crítica al dogmatismo y al ergotismo a través de la defensa de la experimentación y el avance científico como medio de potenciación humana. Benito Díaz de Gamarra, Félix Varela, Eugenio Santa Cruz y Es-

pejo constituyen algunas muestras de los significativos pasos que emprendió la reflexión filosófica por reivindicar en el hombre su capacidad de conocer la naturaleza y las propias relaciones sociales, enajenadas de manera creciente por la mercantilización progresiva.

Ese mismo espíritu humanista y desalienador fue el que educó a los próceres de la independencia y les inspiró a retar no sólo los poderes políticos dominantes sino también todas aquellas fuerzas hostiles al mejor desempeño de la actividad humana. Esa fue la simiente que dejaron Simón Rodríguez y Andrés Bello en Bolívar, quien en uno de sus discursos caraqueños llegó a sostener que: "Si se opone la naturaleza a nuestros designios, lucharemos contra ella, y la haremos que nos obedezca".¹¹ Así dejaba expresada su firme convicción en la capacidad y la voluntad humanas, que de tanta utilidad le fueron en adversas situaciones de su batalla perenne.

A juicio del Libertador "la masa física se equilibra con la fuerza moral"¹² y ponía todas sus esperanzas para lograr sus empeños emancipatorios en la capacidad de los hombres para unirse con un objetivo común, en este caso la independencia. Pensaba que "esta unión no nos vendrá por prodigios divinos sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos".¹³ acentuando de tal modo su convicción de que los hombres son los sujetos responsables de la acción histórica.

El logro de la independencia de los pueblos respecto al imperio hispano-lusitano constituyó uno de los resultados más fructíferos del acumulado proceso de preparación ideológica que las ideas humanistas y desalienadoras del pensamiento latinoamericano habían engendrado. Sin embargo este paso no fue más que la entrada a nuevos terrenos de lucha por la emancipación superior del hombre de "nuestra América", esa América mestiza que estuvo en el centro del humanismo martiano, que partía ante todo de su profunda confianza en la naturaleza hu-

mana. Por eso el destacado pensador cubano sostenía: "Creo, sobre todo, y cada vez me afirmo en ella, en la absoluta bondad de los hombres".¹⁴ Creencia esta que no era ciega ni ingenua, ya que pensaba que: "Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él"¹⁵ y señalaba incluso hasta dónde podía llegar la bestialidad en él;¹⁶ pero sin menguar su terrenal y revolucionaria actitud filantrópica.

En ese aspecto se diferencia su obra de las tradicionales formulaciones abstractas de la antropología filosófica y la filantropía, que por lo general no traspasa los límites de la compasión. En Martí se da un *humanismo práctico* en correspondencia con su concepción filosófica en general, donde el vínculo orgánico entre la teoría y la práctica,¹⁷ alcanza formulaciones muy diáfanas. Tal humanismo está imbricado en su latinoamericanismo, que se expresa desde temprano al escribir: "Estoy orgulloso, ciertamente, de mi amor a los hombres, de mi apasionado afecto a todas estas tierras, preparadas a común destino por iguales y cruentos dolores".¹⁸

El humanismo martiano posee una dimensión histórica y contextual. No pretende formularse para todas las épocas y todas las circunstancias, como es común en muchos sistemas filosóficos especulativos, y sin embargo trasciende a su época y a su circunstancia precisamente porque supo corresponderse con ella y enrumbar su superación.

La lucha contra las distintas formas de enajenación en las que se ve envuelto el hombre latinoamericano durante estos 500 años de historia ha sido objeto de reflexión desde distintos ángulos por el espiritualismo, el eclecticismo, el positivismo, el irracionalismo, el marxismo, la analítica, la filosofía de la liberación, etc., en el pensamiento latinoamericano. Cada corriente ha tratado por diversas vías de contribuir a la que considera más adecuada para el logro del "humanismo real".

De ningún modo puede considerarse que todas las corrientes de pensamiento que han estado de una manera u otra presentes hasta el momento en el filosofar latinoamericano han aportado de manera similar a ese proyecto humanista, desalentatorio y liberador que como reclamo incumplido se ha ido construyendo en este medio milenio. Muchas veces los resultados han traicionado las aspiraciones de los encargados de formular los proyectos y en particular de fundamentarlos teóricamente.

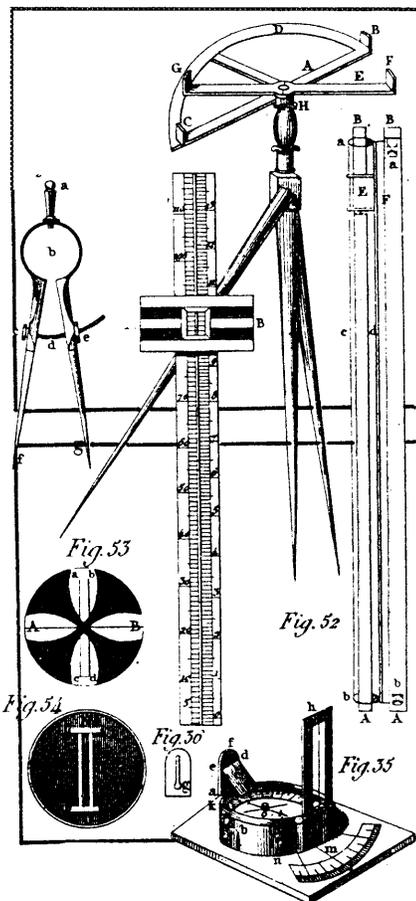
De tal modo el eclecticismo y el espiritualismo que tuvieron por fuente común la ideología de matriz francesa, en ocasiones lejos de contribuir al proceso emancipatorio del pensamiento que urgía a los pueblos latinoamericanos se convirtieron en obstáculo, por lo que encontraron fuertes opositores en los más preclaros filósofos como José de la Luz y Caballero. Sin embargo como apunta Francovich, la ideología encontró arrai-

go en América porque se basaba "en los grandes principios que sostenían a la Enciclopedia: afán de colocar al hombre en el plano terreno, dentro de las leyes de la naturaleza de la que forma parte; confianza en la ciencia, en la filosofía y en la perfectibilidad humana; culto apasionado a la razón; deseo de liberar al hombre y a la sociedad del influjo de las concepciones religiosas",¹⁹ además de ser una corriente de carácter eminentemente ético y político que buscaba fundamentación científica a sus normas,²⁰ le hizo encontrar distinguidos adeptos en esta región como Fernández Agüero, Lafinur, Alcorta, Varela, etcétera.

También sería erróneo considerar que el espiritualismo no produjo frutos significativos para el proyecto humanista del pensamiento latinoamericano. Tanto en las obras de Alberdi, Sarmiento, Echeverría como en las de Bilbao se atesoran ideas muy significativas para la historia de nuestra perenne emancipación.

La mayor aspiración de Alberdi era liberar al hombre latinoamericano de todas las ataduras materiales que lo mantenían enajenado, por eso planteaba: "Libertad es poder, fuerza, capacidad de hacer o no hacer lo que nuestra voluntad desea. Como la fuerza y el poder humano residen en la capacidad inteligente y moral del hombre más que en su capacidad material o animal, no hay más remedio que extender y propagar la libertad, que generalizar y extender las condiciones de la libertad, que son la educación, la industria, la riqueza, la capacidad en fin en que consiste la fuerza que se llama libertad". E insistía en el cultivo de la espiritualidad para el logro de la liberación: "La espada es impotente para el cultivo de esas condiciones y el soldado es tan propio para formar la libertad como lo es el moralista para fundir cañones".²¹

Tales formulaciones indican que si bien el espiritualismo se caracterizó por hiperbolizar las potencialidades de lo idea, buscando más allá de su objetividad la fortaleza de la determinación uni-



versal, no es menos cierto que sembró también en muchos de aquellos hombres la profunda confianza en la capacidad humana para perfeccionarse a través del cultivo del propio espíritu.

Sin embargo la crítica a las limitaciones del espiritualismo por su elaborada metafísica se fue revelando incluso hasta en algunos de los que inicialmente se habían identificado con él como es el caso de estos pensadores argentinos que finalmente se orientaron hacia el positivismo.

En lo que concierne a la evolución de las ideas éticas en ese país, como en otros donde especialmente el positivismo se hizo fuerte, este hecho tuvo un extraordinario significado al apreciarse "una afirmación progresiva de la moral cívica"²² en oposición a la moral teológica. Como asegura Ricaurte Soler, este fenómeno se apreció a partir de la independencia en otras naciones hispanoamericanas y dio lugar a que la temática moral adquiriese en lo fundamental un contenido político y social.

Los mejores exponentes de tales transformaciones en el pensamiento ético y del positivismo latinoamericano *sui generis* se encuentran en Ingenieros y Varona.

El primero contribuyó notoriamente al enfrentamiento a todo tipo de dogmatismo, ya sea teológico o filosófico en la conformación de la ética. A partir del criterio de que "la ética es una ciencia social, accesible a la investigación histórica y a los métodos científicos",²³ insistió en que no podía ser el producto ni de

clérigos, ni de filósofos, sino de la actividad social de la propia humanidad, encarnada en sus pueblos y diversas generaciones, de lo que se deriva el carácter relativo y progresivo, a la vez de toda moral.

Su enfoque no obstante las huellas del social-darwinismo contribuyó extraordinariamente al proceso de precisión de las bases éticas del proyecto humanista y desalienador del pensamiento latinoamericano cuando puso su atención central en la dignificación de la actividad productiva del hombre, en el papel de la educación y de las instituciones de la sociedad política y civil en el logro de su eterno perfeccionamiento, cuando siembran en el hombre, especialmente en la juventud, confianza en sus autónomas capacidades transformadoras y de autosuperación moral.

A su juicio: "El trabajo contiene fuerzas morales que dignificarán a la humanidad del porvenir",²⁴ y criticaba abiertamente la holgazanería y otros vicios que las sociedades clasistas y elitistas estimulaban, reproduciendo la injusticia social, que para él era condición de inmoralidad. Sus propuestas de perfeccionamiento estaban vinculadas a necesarias transformaciones sociales que implicaban no sólo incrementar los niveles culturales y en especial científico técnico de los hombres, sino formas de autocontrol de la producción por parte de los trabajadores que multiplicasen el beneficio de la colectividad,²⁵ a través de la cooperación.

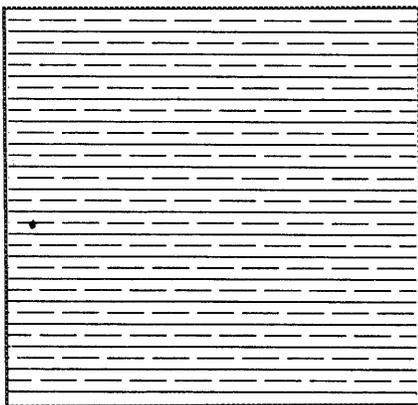
Entre los nuevos elementos que Ingenieros acentuaría a la moral que propugnaba se destacan el optimismo histórico, el patriotismo, el latinoamericanismo, el antiimperialismo, el colectivismo, expresiones todas de la terrenalidad socio-política que le impregna a sus ideas sobre la moral, que debe ser fomentada por las nuevas generaciones.

Coincidiendo en gran medida con muchas de estas ideas, de una forma independiente Varona había partido del criterio de que "el hombre es un ser so-

cial",²⁶ por consiguiente moral... La moralidad no es sino el sentimiento, más o menos claro, que tiene el individuo de su dependencia con respecto al cuerpo social: en una palabra de la solidaridad social".²⁶

Sus ideas éticas a pesar de las lógicas limitaciones que le imponían su visión social-darwinista, entre otros factores,²⁷ se caracterizaron por valiosos rasgos, entre los que se destacan: combatir los sistemas éticos especulativos asentados sobre bases idealistas y religiosas, asumir una postura en esencia materialista al tratar de analizar científicamente los fenómenos morales destacando la importancia del factor social en su desarrollo; plantear su carácter histórico progresivo; indicar su recíproca interacción con otras formas de conciencia social; destacar el papel de la educación en su cultivo, atisbar la influencia de los intereses de clase en su desenvolvimiento; propugnar una ética emprendedora que llegó a superar sus transitorias manifestaciones de escepticismo y pesimismo; utilizar sus enseñanzas sobre la moral como un arma crítica y de combate contra el sobreviviente despotismo español sobre la isla y contra las nuevas fuerzas oligárquicas que de nuevo enajenaban la soberanía nacional.

Una de las particularidades diferenciales del positivismo que se aprecia en América Latina en relación con el europeo consistió en sus preocupaciones antropológicas que concluyeron en propuestas de significación humanista. El espíritu cientista que irradió durante la segunda mitad del siglo XIX y seguiría repercutiendo aún durante las primeras décadas del presente no desvió la preocupación humanista latente en el pensamiento latinoamericano anterior. Más bien contribuyó a enriquecerla en cuanto a su dimensión desalienadora al abrirle nuevas perspectivas al hombre de estas tierras respecto al proceso de autoconocimiento de su identidad,²⁸ orígenes, posibilidades y perspectivas con el deseado



desarrollo científico, educativo, civil, agroindustrial, etcétera.

Es cierto que la sombra de la nordomanía, que Rodó denunciara oportunamente, llevó a algunos de sus seguidores a que se subestimase los valores de las culturas aborígenes; pero a la larga el espíritu latinoamericanista se impuso de manera general en los simpatizantes con el positivismo, como en Justo Sierra,²⁹ por su arraigada vocación popular que en ocasiones les llevó, con Ingenieros y Varona, a coquetear con ideas socialistas.

No dejan de resultar significativos los vínculos realmente existentes entre la temprana recepción del pensamiento socialista y marxista en América Latina con el positivismo, al punto que algunos llegan a emparentarlos. En verdad no existió tal filiación sino confluencia en determinados aspectos como privilegiar el desarrollo científico técnico y la constitución de las bases materiales de una sociedad superior a la conocida hasta entonces, especialmente en esta región donde las estructuras y relaciones precapitalistas deformaban el andamiaje de la cultura de nuestros pueblos.

Del mismo modo que, a nuestro juicio, resulta impropio admitir un pretendido positivismo vernáculo en América Latina sería ridículo sugerirlo en el caso del pensamiento socialista o marxista. Pero, no cabe dudas, que tanto aquél como éstos tuvieron arraigo porque encontraron condiciones sociales y antecedentes teóricos en el seno de nuestras culturas que facilitaron su proliferación. El ideal de lograr una sociedad más justa donde los hombres mantuviesen y enriqueciesen su decoro sin atentar contra la existencia y dignidad del resto pudiendo vivir en igualdad y armonía constituía una ancestral aspiración del pensamiento de estas tierras, incluso antes de la llegada de los invasores europeos.

Nada tiene de extraño que los primeros representantes de las ideas de orientación socialista también se nutriesen del

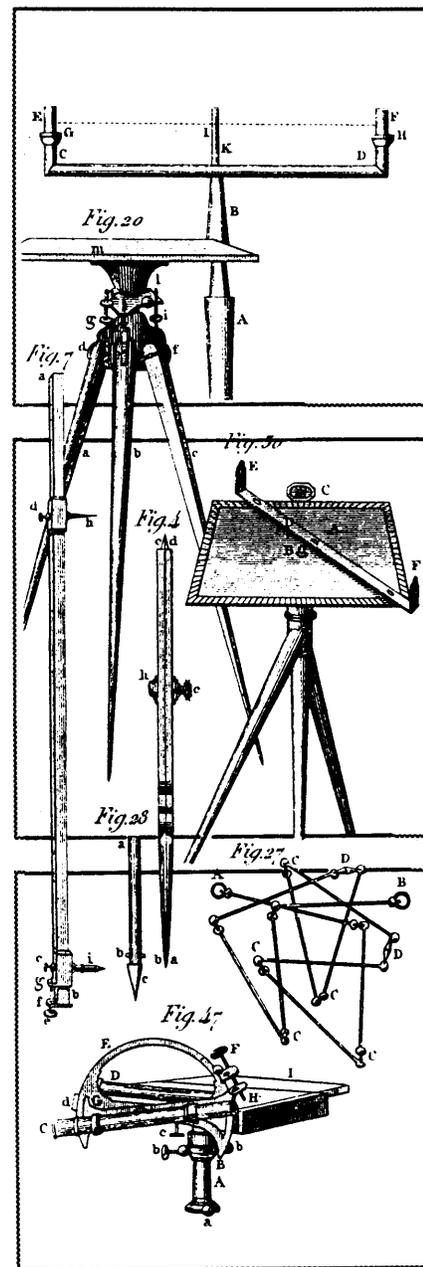
espíritu ilustrado y humanista que les antecedió. Uno de los primeros representantes del marxismo en Cuba, Carlos Baliño, consideraba que "el socialismo es un movimiento eminentemente moral y regenerador, el único capaz de moralizar las costumbres y las ideas".³⁰ Sin embargo no era por la vía de reproducir el eticismo abstracto y exclusivamente a través de la prédica educativa -aunque tampoco la excluía- que pensaban lograr tal objetivo a diferencia de los que criticaban por su idealismo y planteamiento especulativo de los problemas.

"Los moralistas -aseguraba Baliño- que pretenden abolir la inmoralidad y el vicio manteniendo la presente organización industrial, se esfuerzan ciegamente en atacar el efecto dejando en pie las causas".³¹ De tal modo evidenciaba la superioridad de su análisis integrador del papel de las ideas éticas que fijaba sus raíces en última instancia en el necesario desarrollo socio-económico en lugar de en su autónomo devenir. Pero tampoco absolutizaban este factor como injustamente se hiperboliza al considerarse que el marxismo es un economicismo. Esto se muestra en otro precursor del marxismo en América Latina, el chileno Luis Emilio Recabarren, que consideraba que: "El progreso económico que ha conquistado la clase capitalista ha sido el medio más eficaz para su progreso social, no así para su perfección moral..."³²

Para lograr tal perfeccionamiento Recabarren consideraba con razón que no sólo eran necesarias trascendentales transformaciones en todos los órdenes de la vida socio-económica y política, sino también era imprescindible la educación del hombre y el cultivo de su espiritualidad en los nuevos valores éticos. A su juicio: "El mayor y más violento desarrollo de la educación, de la cultura, de la moral, del sentimiento de solidaridad, serán los factores -virtudes determinadas e ineludibles- que precipitarán a 'la sociedad nueva' a la perfección de su sistema, sin dejar lugar, a ningún momento de vacilación, de caos, ni de desorden de nin-

guna naturaleza".³³ De tal modo este criterio suyo articulaba con la tradición humanista, ilustrada y desalienadora del pensamiento latinoamericano anterior.

Especialmente este último elemento se aprecia cuando sostuvo que: "No hay nada imposible para la voluntad del hombre; descubrió el vapor, la electricidad, la mecánica, la radiografía, la aeronavegación, etc. Todo lo que quiera lo hace ahora *el hombre organizado* (el

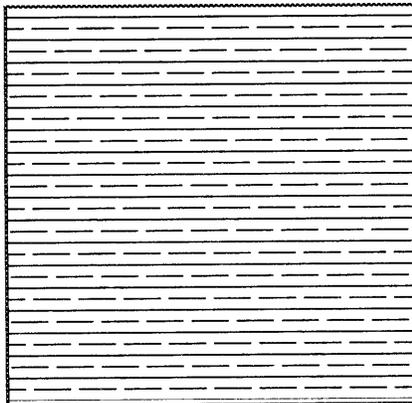


subrayado es nuestro) que busca la manera de organizar la vida de modo que sólo produzca felicidad y amor".³⁴ Es evidente que su acentuación en la necesidad de un perfeccionamiento de la moralidad y una mejor organización humana tenía que ver directamente con el sentido progresivo que apreciaba en la historia y que debía conducir a niveles superiores de eticidad y autocontrol humanos que presupone una sociedad socialista para que el hombre sea efectivamente más libre.

El ideario marxista en América Latina se insertó en las tradiciones humanistas y desalienadoras del pensamiento latinoamericano y contribuyó al perfeccionamiento de sus bases éticas. De ahí que uno de sus más grandes representantes, Mariátegui, se haya enfrentado a quienes pretendían encontrar cierta antiteticidad en el marxismo,³⁵ del mismo modo que se enfrentó a las unilaterales ideas del "socialismo ético".³⁶

Mariátegui con el enfoque profundamente dialéctico que le era característico concebía al socialismo como heredero de los valores morales creados por las sociedades que le antecedieron, por eso sostenía: "Hoy un orden nuevo no puede renunciar a ninguno de los progresos morales de la sociedad moderna"³⁷ y reconoce incluso los aspectos positivos del liberalismo a pesar de sus limitaciones.

Algo que impresiona en el marxista peruano es haber podido delimitar el verdadero radio de acción de la esfera moral, sin sobreestimarla ni subestimarla en su especificidad con relación a los restantes niveles de la actividad social. En tales análisis se destacan sus ideas sobre la cuestión indígena en América Latina. Según su criterio, "el socialismo nos ha enseñado a plantear el problema indígena en nuevos términos. Hemos dejado de considerarlo abstractamente como problema étnico o moral para reconocerlo concretamente como problema social, económico y político. Y entonces lo hemos sentido, por primera vez esclarecido y demarcado".³⁸ Problema este que no



implicaba dejar de considerarlo a su vez de profunda incidencia moral.

Los marxistas latinoamericanos en su generalidad han contribuido a perfilar de forma superior las bases éticas de nuestro pensamiento y en especial a que el hombre descubriese en el trabajo la condición ética vital del progreso y la desalienación humanos. Para Mariátegui: "El destino del hombre es la creación. Y el trabajo es creación, vale decir liberación. El hombre se realiza en su trabajo".³⁹

De premisas similares partiría años después Ernesto *Che* Guevara, al criticar las secuelas de la enajenación que prevalecían en la naciente sociedad socialista en especial en la relación del hombre con su trabajo.

En la trayectoria de esta corriente de pensamiento que ha dejado una impronta imborrable en la cultura latinoamericana contemporánea, independientemente de la crisis que en la actualidad le afecta con el derrumbe del llamado "socialismo real", siempre estuvo presente más allá de ortodoxias y heterodoxias la preocupación por reivindicar el humanismo marxista⁴⁰ y superar las fuerzas enajenantes reproducidas por el capitalismo.⁴¹

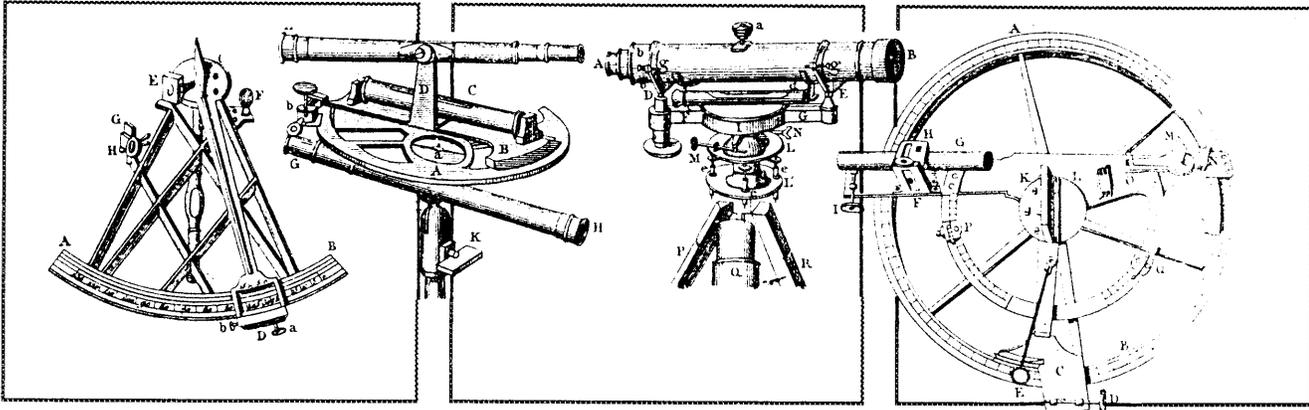
No solamente fueron los marxistas y socialistas los que denunciaron el carácter inhumano de esa sociedad, pensadores como Antonio Caso,⁴² Carlos Vaz Ferreira, Alejandro Korn y otros que abrían una nueva etapa al pensamiento filosófico latinoamericano también lo criticaron. Sin embargo el espíritu antipositivista y anticomunista que inspiró a

la mayor parte de los representantes de esta nueva generación, que incorrectamente se conoce como los "fundadores", motivó cierta ruptura en la evolución de la trayectoria humanista y desalienadora de nuestro pensamiento.

Aun cuando reivindicaban en su mayoría la urgencia de un nuevo humanismo porque consideraban que los valores fundamentales del anterior estaban en crisis dada la profunda tragedia del hombre al rebelársele sus creaciones materiales y espirituales, como sostenía Samuel Ramos,⁴³ algunos de estos pensadores, en correspondencia con su posición irracionalista negaron la posibilidad de un perfeccionamiento ético de la sociedad asentada en una posición pesimista del hombre. Así Caso planteaba que: "El progreso moral no existe. La cultura de aprovechamiento se difunde en magníficos desarrollos siempre perfectibles, pero, hoy, es tan malo el hombre como lo fue siempre".⁴⁴ De tal manera se apartaba de la tendencia prevaleciente en el pensamiento ilustrado y postilustrado anterior.

Caso admitía la existencia de un progreso en el orden intelectual y científico-técnico,⁴⁵ pero precisamente veía en el desarrollo de la industria uno de los posibles peligros futuros en la estabilidad ecológica de la humanidad. Su precoz tecnofobia se adelantaría a las preocupaciones que invaden la mente del hombre de fines de este milenio y no sólo de los filósofos, sino de los estadistas, que han llegado a convocar una "Reunión de la Tierra" ante los reales peligros que amenazan la indiscriminada explotación de los recursos naturales y humanos.

Al considerar Caso que el hombre era una víctima de sus propias conquistas⁴⁶ y que "no nacimos para ser libres, sino para ser buenos",⁴⁷ por lo que, a su juicio, la única salida es la entrega a una vida eminentemente religiosa, ataba de nuevo eslabones al proceso alienatorio del cual el pensamiento latinoamericano anterior había tratado progresivamente de emanciparse.



En tanto José Vasconcelos luego de exaltar los valores de lo que consideraba era la antigua "raza mexicana" consideraba que en la "raza latina" se había producido una "decadencia moral"⁴⁸ de la cual era necesario sobreponerse para realizar su aspiración de aquella integral "raza cósmica" en la que se rescataran los más preciados elementos de la humanidad.

A su juicio la "raza blanca" había puesto las "bases materiales y morales para la unión de todos los hombres",⁴⁹ pero básicamente había cumplido su misión al mecanizar al mundo. Sin embargo esto no era suficiente para realizar su proyecto humano, el cual no estaría completo si no deponía su orgullo y se fusionaba con el indio.⁵⁰ De tal modo criticaba los nuevos obstáculos alienantes que la civilización occidental traía aparejada y que debían ser superados mediante una vuelta a las raíces. Por tal motivo invocó la necesidad de no dejarse arrastrar por el espíritu xenofílico e inculcaba en nuestros pueblos la urgencia de hacer "vida propia y ciencia propia",⁵¹ a fin de alcanzar la imprescindible liberación espiritual.

Caso, Deutua, Vasconcelos, más allá de las hiperbolizaciones de los elementos emotivos, fideistas y estetizantes que están presentes en su intento restructurador de su proyecto humanista, constituyeron sin lugar a dudas peldaños decisivos para el reclamo cada vez más desalienador y emancipador que se plan-

tearían posteriormente la llamada filosofía latinoamericana.

Independientemente de otros ingredientes que desde el historicismo, la fenomenología, el existencialismo y hasta el marxismo estuvieron presentes, este pensamiento reivindicativo del hombre latinoamericano que se aprecia en varios de los nuevos representantes de la reflexión filosófica, entre los que se destacan Leopoldo Zea y Francisco Miró Quesada, tuvo sólidos pilares en aquellos "fundadores".

Zea siempre enjuició críticamente el humanismo elitista y siguiendo a Ramos reclamaba una total renovación del mismo,⁵² que partiendo de valores universalmente reconocidos tuviera en el hombre latinoamericano y su cultura específica sus proyectos éticos principales.

La historicidad, y en general la visión extremadamente dialéctica, de la condición humana se mantendría como piedra angular de todo el andamiaje filosófico de este pensador mexicano. Ese enfoque metodológico le permitió ir desentrañando mucho mejor la intrínquila socio-económica y especialmente las relaciones de dependencia y subdesarrollo de nuestros países que explican las enajenantes condiciones de existencia del hombre latinoamericano. De ahí que con razón Horacio Cerutti junto a la elaboración de la historia de las ideas en América, destaque en Zea "la búsqueda de una respuesta para la pregunta por lo específico

del hombre y la cultura de Nuestra América"⁵³ entre sus mayores méritos.

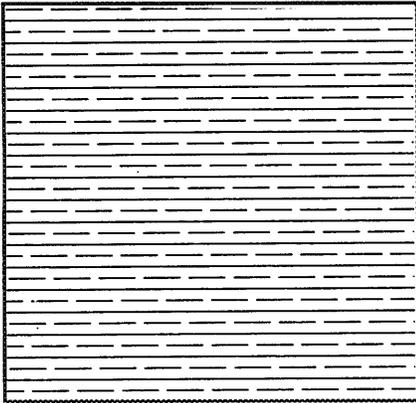
A todo esto podría añadirse que la obra de Zea constituye uno de los momentos de síntesis nucleica terrenalizadora del humanismo latinoamericano, a pesar de que el antropologismo abstracto no le abandona del todo. En su labor de rescate de la cultura latinoamericana y en particular en la revalorización de su pensamiento ha contribuido notablemente a disminuir el anterior profundo abismo entre la universalidad y la especificidad del hombre y de la cultura latinoamericanos,⁵⁴ que la conmemoración⁵⁵ de este medio milenio ha puesto a la orden del día.

Uno de los filósofos contemporáneos que mayor proyección ética le ha dado a todas sus reflexiones, y en especial sobre la historia de los grupos sociales y pueblos oprimidos, como los latinoamericanos ha sido Enrique Dussel. Desde sus primeros trabajos hasta los más recientes el hilo conductor de sus análisis consiste en la dimensión ético cristiana que poseen sus críticas a las diversas formas de enajenación a que se ha visto y aún se ven sometidos los sectores marginados y explotados de nuestro pueblos a partir de la dominación colonial, neocolonial e imperialista.

Su punto de partida ha sido la crítica a la ética moderna por su carácter totalizante, construida desde una perspectiva europea y opresora. De ahí que su propuesta de reconstrucción de las bases éticas presupone una ruptura con las

formas ontologizantes tradicionales. Propone la elaboración de una filosofía de liberación que supere todas las formas de enajenación y evite el peligro de producir una liberación enajenada⁵⁶ que se limite a reproducir e imitar a los centros de poder.

El eje central de su reconstrucción ética ha sido la dignificación del pobre y en sus últimos trabajos dada su profundización en Marx, el trabajador. A lo largo



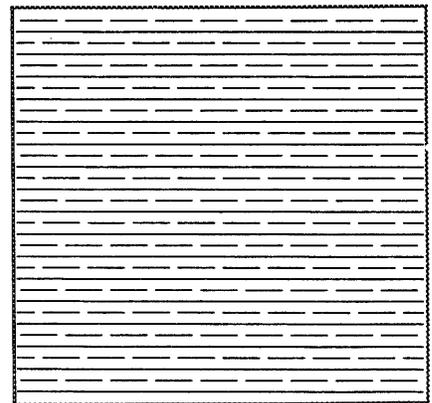
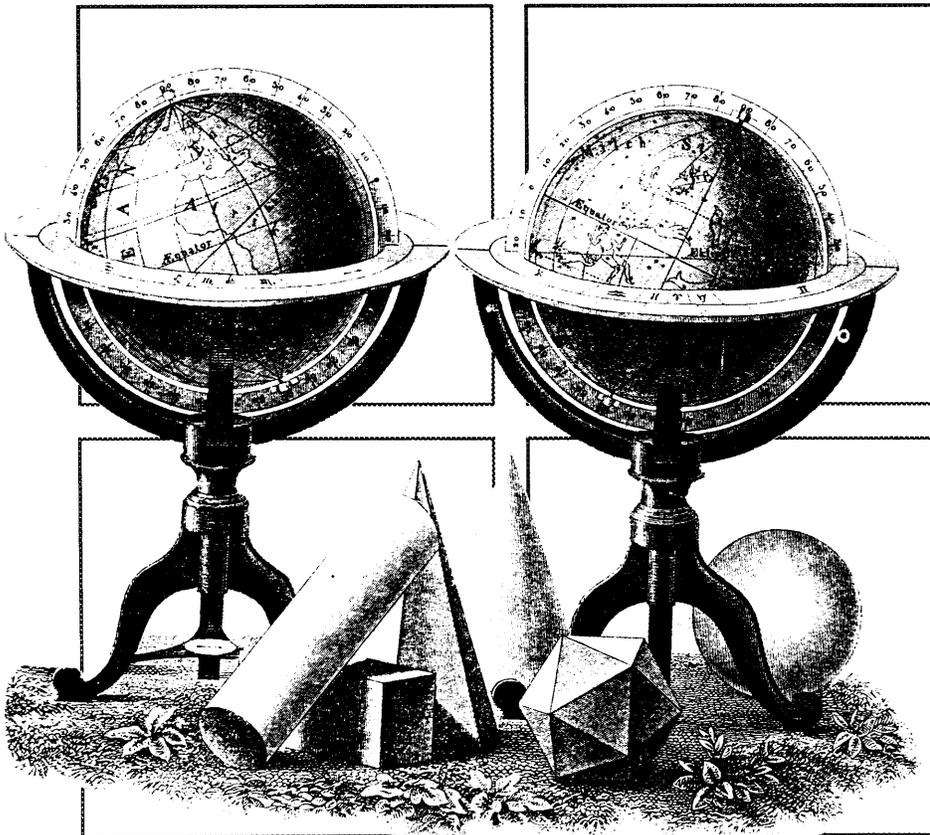
de toda su voluminosa obra *Para una ética de la liberación latinoamericana* se aprecia ese criterio: "Los pueblos han sido siempre imantados por ese proyecto que es el fundamento de la moralidad de la praxis de la liberación, y que es juzgado en su eticidad según el siguiente criterio: 'todo proyecto es bueno cuando sirve al pobre'".⁵⁷

Sin abandonar tal posición y con el objetivo de dar un mayor fundamento a sus ideas que en definitiva intentan centralizar toda su problemática socio-económica del hombre latinoamericano, así como de los del Tercer Mundo, en una cuestión fundamentalmente ética, Dussel considera que la obra cumbre de Marx, *El Capital*, es una ética,⁵⁸ y define que: "Entendemos por ética la crítica trascendental de las 'morales' (o de la 'moral'), desde el punto de vista (o desde el criterio absoluto de un determinado 'juicio' de la dignidad absoluta trascendental, 'metafísica', de la subjetividad del traba-

jador, de su corporalidad como persona con libertad, con conciencia y espíritu - como expresamente enseña Marx- *ante festum* (como *a priori* ético absoluto o posición trascendental) de toda institucionalidad, subsunción o determinación concreta de un tipo -sea el que fuere- de *relación de producción* históricamente situada".⁵⁹

De tal modo el pensamiento de Dussel más que confluir con el marxismo reincorpora el elemento dignificador de la actividad laboral que ya estaba presente en las bases éticas del pensamiento latinoamericano anterior. Si entre sus méritos se destaca la permanente reivindicación de los valores de la cultura latinoamericana y en particular de su pensamiento filosófico, le atribuye una significativa misión a una filosofía auténtica de esta región en la superación de las formas de alienación al contribuir a tomar conciencia de ellas⁶⁰ y a emprender un programa humanista y liberador desde la praxis teórica, en el que la filosofía cumpla una función esclarecedora y crítica dialéctica de los proyectos que se plantean los pueblos, y que en definitiva son los únicos encargados de ejecutarlos.

Miró Quesada partiendo de una tradición de pensamiento muy diferente, incluso discrepante en sus inicios con las ideas de Zea y de Dussel, paulatinamente ha llegado a confluir con muchas de las posiciones de éstos por coincidir en última instancia con sus mismos proyec-



tos humanistas y las bases éticas que los sustentan.

A su juicio, "el pensamiento procediendo auténticamente descubre que nuestra realidad es inhumana y que debe ser cambiada. La filosofía, asume, así, una misión liberadora; análisis racional y exigencia de liberación coinciden en unidad inseparable. La filosofía de lo americano desemboca a través de la conquista de la autenticidad de nuestro pensamiento, en un humanismo grandioso".⁶¹

El hecho de que Miró Quesada haya llegado a cierta coincidencia con los objetivos éticos y socio-políticos de la denominada filosofía de la liberación latinoamericana no significa en modo alguno que haya abandonado el rigor y la científicidad que siempre han caracterizado a sus reflexiones filosóficas desde su perspectiva inicialmente fenomenológica hasta su decursar por la analítica.

Este elemento debe ser subrayado porque algunos estudiosos del devenir filosófico en América Latina como Augusto Salazar Bondy y Risieri Frondizi,⁶² entre otros llegaron a cuestionarse la profundidad y el rigor teórico de las ideas de muchos de los pensadores latinoamericanos dada la propensión ética y socio-política de las mismas. No tomaron en justa consideración que ésta es una de las principales manifestaciones de la especificidad de la actividad filosófica de nuestra América.

Miró en estos últimos años le ha otorgado especial atención a la búsqueda de los principios de la racionalidad humana

y a su despliegue en el mundo y, especialmente, en la actividad científica. Para el filósofo peruano: "el lema *saber es poder* es el fundamento último del gran proyecto histórico. Pero este lema presupone de suyo, una ética. Porque el proyecto autotélico no presupone la utilización del saber para alcanzar un poder ciego y sin rumbo... No puede transformarse el mundo por medio del poder que da la ciencia, para lograr la felicidad general, sin aceptar determinadas reglas de comportamiento",⁶³ ya que está consciente de las posibles consecuencias que tanto en el plano ecológico como en el de las propias relaciones humanas se pueden acarrear.

La preocupación por superar las formas predominantes de enajenación a través del desarrollo del conocimiento humano no están jamás exentas de la posibilidad de engendrar nuevas formas de alienación, si la capacidad cognoscitiva humana no se rige a su vez por determinados valores de carácter eminentemente ético. Este hecho se observa no sólo en el caso de Miró, sino de otros pensadores latinoamericanos que reflexionan con agudeza sobre las potencialidades de la ciencia y la técnica y sus efectos alienantes para el hombre, como en Ernesto Mayz Vallenilla⁶⁴ entre otros.

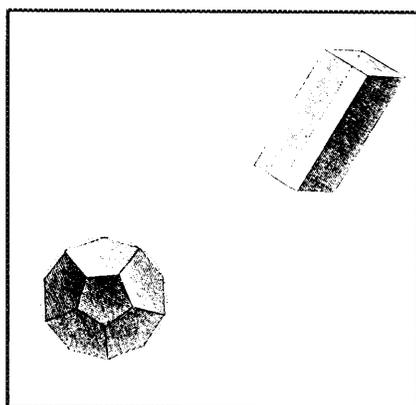
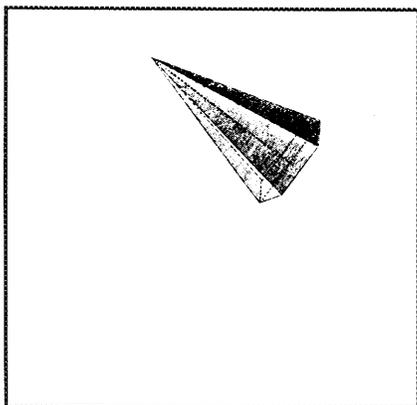
La corriente analítica que en las últimas décadas en América Latina ha ido tomando cada vez más fuerza y merecido prestigio por el profesionalismo con que aborda los diversos problemas en el terreno de la filosofía de la ciencia y del

lenguaje, en sus inicios no dedicó mucha atención a los problemas de la filosofía social y la ética. Sin embargo, éste no es el rasgo que la caracteriza hoy en día.

Desde hace algún tiempo se aprecia cierta propensión a reconocer primeramente la validez del objeto de reflexión y de los métodos de la filosofía de la liberación, e incluso a buscar puntos de confluencia entre ambas corrientes como se observa en Luis Villoro,⁶⁵ y por otro lado a llevar el análisis filosófico al terreno de la ética, coincidiendo así de algún modo con las tendencias anteriormente marcadas en el pensamiento latinoamericano.

En este último plano se destacan Eduardo Rabossi y Fernando Salmerón.⁶⁶ El primero luego de distinguir entre los principios éticos, que son enunciaciones formuladas por los filósofos, y las normas morales que son pautas vigentes de un grupo social que regulan su conducta y aseguran su estabilidad, considera que no pueden ser probadas de forma similar. Estas últimas no son producto de disquisiciones filosóficas en tanto los principios éticos, aun cuando su función sea eminentemente práctica también, son también susceptibles de ser probados⁶⁷ de forma discursiva. A partir de esta idea puede inferirse que una tarea aún por realizar en la historia del pensamiento ético latinoamericano consistiría en someter a detenido análisis diacrónico y sincrónico sus expresiones más relevantes, misión esta que ya ha sido emprendida⁶⁸ por algunos estudios aislados, pero que demanda necesaria coordinación como la que puede lograrse en eventos como el que nos convoca.

En la actualidad cuando los retos de la postmodernidad quieren imponer la ruptura nihilista con todos los intentos desalienadores del pensamiento latinoamericano porque hasta se pone en duda la validez de todo humanismo. La reflexión filosófica exige una vez más la licencia de la retroproyección histórica del hombre de nuestra América para ir a la reconstrucción de las bases éticas de su

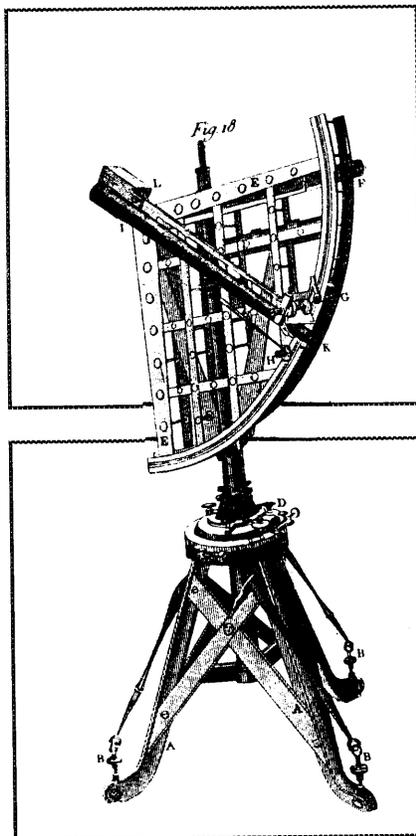


desarrollo como *hombre real*, a fin de enjuiciar las nuevas modalidades alienantes que la "posthistoria" parece reservarle al ya "acostumbrado" enajenable ser latinoamericano, que lo distancie definitivamente de cualquier utópico nuevo humanismo planetario.

La oleada postmodernista, con su sustituto neoconservador, que aspira a ganar más terreno en el ámbito intelectual latinoamericano intenta imponer nuevos criterios alienantes que afortunadamente son desenmascarados por los representantes del pensamiento filosófico latinoamericano más auténtico de la actualidad.

Entre éstos se destaca Alejandro Serrano Caldera, quien enfrentándose a cualquier tipo de nuevos intentos monopolistas de la razón, ya sea pretendidamente como absoluta o instrumental denuncia que: "La devaluación del ser humano específico de carne y hueso, es una consecuencia de una civilización que considera más importante las cosas que las personas y que en tanto domina los objetos por la técnica, hace del hombre una cosa, un objeto de manipulación y de explotación. Es ésta una civilización que separa al hombre de la naturaleza y del mundo creando entre ambos un abismo infranqueable, que escinde en el ser su propia unidad entre razón e intuición, que sepulta por primitivos e indignos los mitos, los sueños, la imaginación y el inconsciente y que pretende que todo es o debe ser racional en forma absoluta, aunque esta razón instrumental sirva solamente para tecnificar las fábricas, incrementar la producción, destruir la naturaleza, transformar las ciudades en un caos de ruidos y de contaminación y para exiliar al hombre ya no sólo de la naturaleza, sino de la propia vida social, de la existencia y de sí mismo".⁶⁹

Esto significa que al pensamiento filosófico latinoamericano se le están planteando nuevos retos ante los nuevos problemas globales que la modernidad incumplida en América Latina al final de



este milenio presenta a la consideración de todo hombre que se preocupe por el destino de la humanidad: el crecimiento demográfico, los desastres ecológicos, la amenaza nuclear, los desafíos de la carrera tecnológica, y las nuevas modalidades de enajenación que van surgiendo con estos fenómenos.

Para cumplir estos encargos tendrá que desarrollar nuevos instrumentos teóricos que funcionen en el abigarrado mundo de los desafíos crecientes del siglo XXI y sirvan al hombre latinoamericano para crear los cimientos del humanismo real y concreto tan demandado.

Un intento de resumen del presente análisis se articula al criterio de que "el pensamiento humanista es de todo punto una instancia desaliente y liberadora".⁷⁰ Pues de lo contrario podría quedar en el terreno de la más amplia antropología filosófica, que no siempre conduce a compartir las proyecciones humanistas.

Un estudio más amplio y profundo a la vez de la trayectoria del pensamiento latinoamericano desde sus primeras manifestaciones hasta el presente debería de someter a prueba las siguientes tesis:

a) Las reflexiones sobre estas bases éticas aun cuando se han desarrollado en el seno de la intelectualidad orgánica de cada época en lo fundamental, no han sido a partir de una autogénesis abstracta o academicista sino de la permanente retroalimentación con los gestores de los valores morales imperantes en cada momento histórico.

b) El humanismo en el pensamiento latinoamericano por la razón anterior se ha ido imbricando a urgencias de diferente carácter y no exclusivamente éticas, por lo que sus propuestas siempre rebasan las dimensiones del dominio de la moral.

c) Ese carácter histórico condicionado de dichas bases da lugar a que hayan desempeñado un papel activo en la preparación ideológica de las transformaciones sociales que cada época ha exigido.

d) Desde el pensamiento precolombino se le otorga un lugar privilegiado al hombre, aunque nunca en detrimento de la naturaleza sino en recíproco beneficio donde esta última alcanza en ocasiones posiciones de primacía, como es apreciable en las culturas andinas.

e) Los principales valores que son exaltados por nuestros pueblos aborígenes y así se expresa a través de sus mitos y leyendas son: la abnegación ante el trabajo, la sabiduría, la valentía, el desinterés, el amor a la familia y a la comunidad, el respeto a los ajenos y a las tradiciones, entre los más importantes.

f) La catástrofe ética producida por el descubrimiento de las culturas dio lugar a un enfrentamiento entre los valores de los invasores y los conquistados que aún se deja sentir, pero a la vez propiciaría un recíproco proceso de asimilación, a pesar de que han tratado de imponerse los de los distintos sectores dominantes hasta nuestros días.

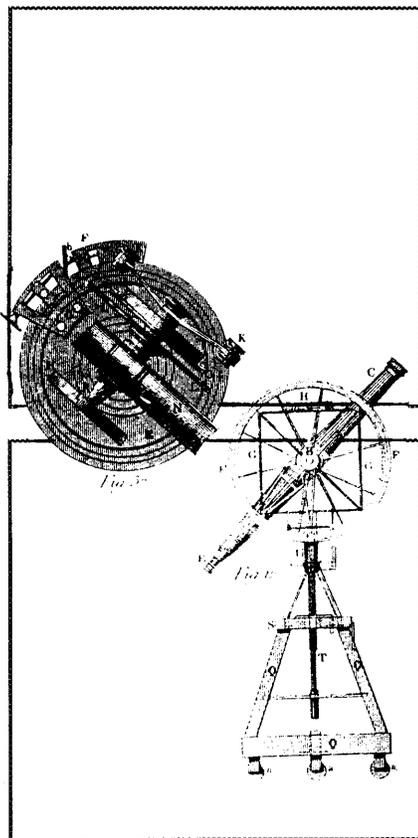
g) Ha prevalecido a lo largo del pensamiento de nuestra América la concepción de que el hombre es un ser perfectible, que aunque es portador permanente de la maldad y la animalidad, su lucha infinita por autosuperarse y humanizar cada vez más sus relaciones sociales da lugar a que sea valorado más por el balance positivo que arroja hasta el presente la cultura humana.

h) Aunque la ética cristiana ha desempeñado un importante papel en la conformación del perfil humanista del pensamiento latinoamericano, no puede ser reducido el contenido de éste a dicha fuente sustancial como en ocasiones se simplifica de manera equívoca, pues implica desconocer no sólo los ingredientes aborígenes y de otras etnias importadas después, que lo componen, sino también otros aportados por la modernidad laica que se presentaron desde la preparación ideológica del proceso independentista y se acentuaron con la educación pública.

i) Prevalece la concepción de que las causas del posible deterioro humano y de la naturaleza obedecen al hombre mismo y no a designios divinos o fatalidad cósmica lo cual permite confiar en la superación de los males circunstanciales y las modalidades imperantes de alienación si son canalizadas adecuadamente las potencialidades emancipadoras existentes en el hombre mismo.

j) Confianza en que la escuela y otras instituciones civiles, entre las que se destacan la familia puedan siempre reeducar en correspondencia con las normas morales prevalecientes en cada época y preparar a los hombres para ser cada vez más libres en todos los órdenes y en especial de los prejuicios morales.

k) El culto a la laboriosidad humana ha estado presente en lo más progresista del pensamiento ético latinoamericano desde sus orígenes hasta la actualidad, como expresión de búsqueda en el trabajo mismo del antídoto contra la enajenación que éste produce en circunstancias históricas determinadas.



l) Se destaca la crítica a la cosificación y fetichización del hombre respecto a sus productos y relaciones especialmente con el predominio creciente del capitalismo en esta región. En los últimos tiempos a esto se añade la crítica a las nuevas formas de enajenación engendradas por el socialismo real y por el intento tercerista por encontrar una opción socio-política que supere o sintetice eclécticamente ambos sistemas.

m) La denuncia a la corrupción, los vicios, el egoísmo desenfrenado, el despotismo, la desidia, y otros antivaleores adquieren un marcado matiz político sin abandonar su raigambre ética.

n) El elemento utópico, no siempre de carácter abstracto (Bloch), se impone sobre el realismo en el pensamiento ético latinoamericano como sucede en todo proyecto humanista y desalienador siempre vinculado a la propuesta de modelos de reconstrucción social.

En correspondencia con estas bases, en los últimos años, acorde con la preocupación que toma en todo el orbe, la problemática ecológica alcanza dimensiones extraordinarias en el ámbito latinoamericano. Con razón se sugiere la necesidad de desarrollar una política, una educación y una ética ecológica⁷¹ que se corresponda a la urgencia de los pueblos latinoamericanos. Se reconoce lamentablemente que el estilo de desarrollo de los últimos tiempos ha sido antropocéntrico en el peor sentido de la palabra.⁷² Y se trata de encontrar alternativas en las que el humanismo no implique el naturalicidio, que a la larga puede convertirse en genocidio universal.

Sin embargo los gestores de la necesidad de una ética del desarrollo que implique la revalorización ecológica de los pueblos latinoamericanos, como es el caso de David Crocker, quien plantea ante todo la urgencia de lograr un mínimo moral,⁷³ trasciende no sólo los planos de la ecología, sino también de la ética y sugieren transformaciones socio-económicas y políticas de dimensiones cualitativas y no sólo de magnitudes cuantitativas.

Son múltiples los intentos actuales de desalienar al hombre latinoamericano, como por la vía del Evangelio lo intenta a su vez la teología de la liberación,⁷⁴ así como diferentes movimientos sociales de distinto carácter (feminista, indigenista, comunitarios, etc.) y no en menor medida las mejores expresiones de nuestro arte y nuestra literatura.

El pensamiento filosófico en América Latina ha contribuido significativamente a decantar también ese proyecto humanista pero consciente siempre de la necesidad de unificar todas las fuerzas y vías que puedan incidir en la construcción del humanismo real, al que en definitiva todos aspiramos, pues si seguimos aprendiendo de la naturaleza una vez más contestaremos que una golondrina no hace verano.

NOTAS

¹ Toffanin, Giuseppe. *Historia del humanismo desde el siglo XIII hasta nuestros días*, Editorial Nova. Buenos Aires, 1953, p. 32.

² *Popol Vuh. Libro del común de los Chiques*, Casa de las Américas. La Habana, 1975, p. 5.

³ Feijó, S. *Mitología americana*, Editorial Arte y Literatura. La Habana, 1983, pp. 62-63.

⁴ Sejourne, Laurette. *Antiguas culturas precolombinas*, Editorial Ciencias Sociales. La Habana, p. 281.

⁵ Gerstenberg, Birgit. "Philosophisches Denken im prakolumbischen México un die Philosophie der Kolonialzeit in Lateinamerika" en *Wie und warum ens tand Philosophie in verschiedenen Regionen der Erde?*, Dietz Verlag. Berlín, 1988, página 251.

⁶ "A ninguna reflexión sobre el hombre le cabe mejor el título de *antropológica* que a ésta que realiza el Padre Las Casas. Su antropología (reflexión sobre el hombre) está precedida de una acción política y social basada en la justicia." Rubio, Jaime. *Historia de la filosofía latinoamericana I*, Universidad Santo Tomás de Aquino. Bogotá, 1979, p.101.

⁷ Véase: Redmond, Walter. "Filosofía tradicional y pensamiento latinoamericano" en *Prometeo. Revista Latinoamericana de Filosofía*, Universidad de Guadalajara. 1985, N° 2, pp. 43-57.

⁸ "... la temática ética ocupó una buena parte de la producción filosófica en el continente. Esto era natural si se recuerda que los problemas de la moral ocupan un lugar importante en la teoría católica. Cabe recordar que la escolástica se interesaba particularmente por las definiciones de una vida moral y las relaciones correctas entre el hombre y Dios. Así se encuentran las consideraciones sobre la moralidad de los actos humanos y sobre cómo se relaciona la libertad humana con Dios y el entendimiento, etcétera. Mona, Isabel. *Las ideas en la América Latina*, Casa de las Américas. La Habana, 1985, p. 90

⁹ UNAM. *Humanistas del siglo XIII*, Biblioteca del Estudiante Universitario. México, 1962, p. 15.

¹⁰ "...los indios resultaron expresamente excluidos de la ilustración, fundándose así la pretensión hegemónica de los criollos ilustrados con respecto a los dueños antiguos del país. Sin embargo esta inhabilitación ideológica de los indios ya no se fundó en supuestas características étnicas sino en la pretendida falta de capacidad de elevarse hacia posiciones ilustradas, lo cual, desde el punto de vista de los pensadores ilustrados de tendencia popular, resulta igual a negarles a los indios la posición del alma racional, repitiéndose en las condiciones del siglo XVIII, otra argumentación ideológica elaborada en el siglo XVI. Colectivo de autores bajo la dirección de Adalbert Dessau. *Politische ideologische Stromungen in Lateinamerika*, Akademie Verlag. Berlín, 1987, p. 57.

¹¹ Bolívar, S. *Obras*, Editorial Lex. La Habana, 1949, Vol. II, p. 999.

¹² *Idem*. tomo I, p. 174.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ Martí, J. "A Manuel Mercado", *Progreso*, 29 de febrero de 1877. *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba. La Habana, 1963, tomo XX, páginas 26-27.

¹⁵ Martí, J. "Nuestra América", en *Páginas escogidas*, Instituto del libro. La Habana, 1968, p. 171.

¹⁶ Martí, J. "Apatzingan y Paracho", *Revista universal. Obras completas*, edición citada, tomo VI, p. 219.

¹⁷ Véase: Ronda, Adalberto. "La unidad de la teoría y la práctica: rasgo característico de la dialéctica en José Martí", en *Revista Cubana de Ciencias Sociales*. La Habana, 1983, N° 1, p. 51.

¹⁸ Martí, J. "A. Valero Pujol" en *Obras completas*, edición citada, tomo II, p. 112.

¹⁹ Francovich, Guillermo. *La filosofía en Bolivia*, Fondo de Cultura Económica. México, p. 69.

²⁰ Ferrater Mora, José. *Diccionario de Filosofía*, Editorial Atlante. México, 1944, p. 352.

²¹ Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, Editorial La Cultura Popular. Buenos Aires, 1933, p. 22.

²² Soler, Ricaurte. *El positivismo argentino*, Imprenta Nacional de Panamá. 1959, p. 210.

²³ Ingenieros, José. *Hacia una moral sin dogmas*, Editorial Luz-Hilo. La Habana, 1960, página 22.

²⁴ ——— "Las fuerzas morales". *Vida habanera*. 1961, página 28.

²⁵ *Idem*, p. 25.

²⁶ Varona, Enrique José: Conferencias filosóficas. Tercera serie oral. Establecimiento tipográfico Oreyllley. La Habana, 1988, p. 78.

²⁷ Guadarrama, Pablo. *Las ideas éticas de Enrique José Varona*. p Islas (55-56): 197, septiembre 1976- abril 1977.

²⁸ "A despecho de lo que han sostenido diversas imputaciones superfluas o tendenciosas, nuestros positivistas no repudiaron al unísono el patriotismo, los valores populares y autóctonos, las fuentes hispánicas o el espíritu religioso. Dichos pensadores contribuyeron en suma a sentar las bases de una caracterología nacional que pueda amalgamarse críticamente con distintas interpretaciones ulteriores sobre nuestra forma de ser." Biagini, Hugo. *Filosofía americana e identidad*, Editorial Universitaria de Buenos Aires. 1989, página 122.

²⁹ Véase: Rivero Alvisa, Daisy y Rojas Requena, Iliana. *Justo Sierra y la filosofía positivista en México*, Editorial Ciencias Sociales. La Habana, 1987.

³⁰ Baliño, Carlos. *Documentos y artículos*, Ediciones DOR. La Habana, 1976, p. 109.

³¹ *Ibidem*.

³² Recabarren, Luis Emilio. *Obras*, Casa de las Américas. La Habana, 1976, p. 61.

³³ *Idem*, p. 33.

³⁴ *Idem*, p. 54.

³⁵ Mariátegui, José Carlos. *Defensa del marxismo*, p. 55.

³⁶ *Idem*, p. 72.

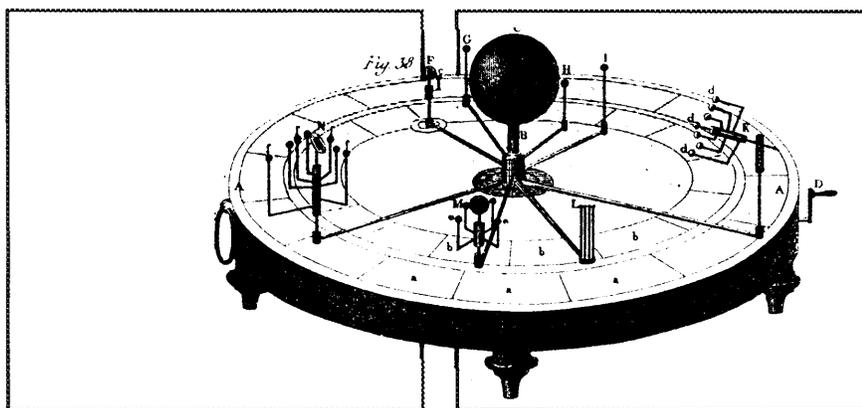
³⁷ ——— *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Casa de las Américas. La Habana, 1969, p. 62.

³⁸ *Idem*, p. 24.

³⁹ *Idem*, p. 136.

⁴⁰ "El socialismo es humanismo puro, es la vindicación del hombre, que lo redime de las sombras de la ignorancia y de sus originales temores religiosos." Toledano, Vicente Lombardo, citado por Milton, R. Lombardo. *Biografía intelectual de un marxista mexicano*, Universidad Obrera de México. 1964, p. 163.

⁴¹ Aníbal Ponce, quien profundizó en esta problemática sostenía que: "El socialismo, aunque digan lo contrario sus enemigos, aspira a reali-



zar la plenitud del hombre, es decir a liberar al hombre de la opresión de las clases para que recupere con la totalidad de sus fuerzas, la totalidad de su yo". Ponce, Aníbal. *Obra*, Casa de las Américas. La Habana, 1975, p. 207.

⁴² Caso, Antonio. *El peligro del hombre*, p. 29

⁴³ "El hombre es un renacimiento. El humanismo es más verdadero que el hombre, porque el hombre no existe sino como proceso, como humanización." Caso, A. *La persona*, p. 167.

⁴⁴ *Ibidem*.

⁴⁵ Caso, A. *El concepto de historia universal y la filosofía de los valores*, Ediciones Botas. México, 1933, p. 30.

⁴⁶ *El Peligro*, p. 61.

⁴⁷ *La persona*, p. 34.

⁴⁸ Vasconcelos, José. "Bolivarismo y Monroísmo" en *Páginas Escogidas*, Ediciones Botas. México, 1940, p. 93.

⁴⁹ — "La raza cósmica", *Vasconcelos*, Antología. Secretaría de Educación Pública. México, 1942, p. 90.

⁵⁰ *Idem*, p. 100.

⁵¹ *Idem*, p. 122.

⁵² Zea, Leopoldo. *La cultura y el hombre de nuestros días*. UNAM. México, 1959, p. 24.

⁵³ Cerutti, Horacio. "Humanismo del hombre de carne y hueso en la filosofía de la historia americana: Leopoldo Zea", en *Prometeo, Revista Latinoamericana de Filosofía*. Universidad de Guadalajara. Septiembre - diciembre de 1986, N° 7, p. 56.

⁵⁴ Véase: Guadarrama, P. y Perelguin, N. *Lo universal y lo específico en la cultura*. Universidad INCCA de Colombia. Bogotá. 1988; Editorial Ciencias Sociales. La Habana, 1989.

⁵⁵ "...hay que rechazar de plano la palabra 'celebración'... Hay que contentarse con la palabra conmemoración' en su escueto sentido etimológico: de recordar se trata; de recordarlo todo tal como fue." "La Casa de las Américas ante el V Centenario", *Casa de las Américas*. La Habana, N° 184, julio-septiembre 1991, p. 5.

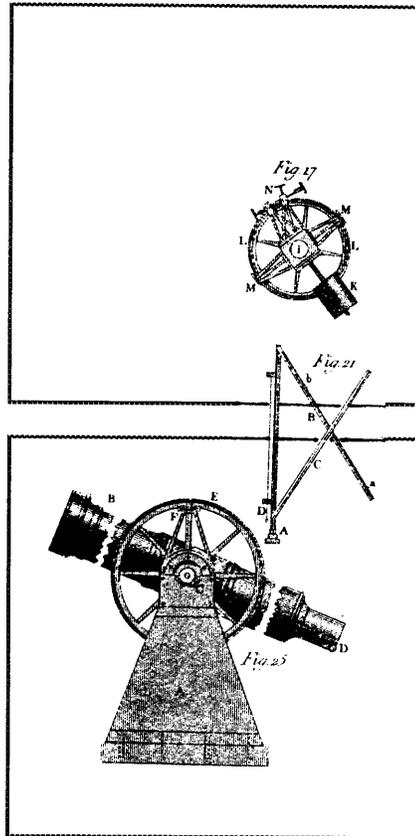
⁵⁶ Dussel, Enrique. *Introducción a la filosofía de la liberación*. Editorial Nueva América. Bogotá, 1988, pp. 126-127.

⁵⁷ — *Filosofía ética latinoamericana IV*. Universidad de Santo Tomás de Aquino. Bogotá, 1979, p. 102.

⁵⁸ — *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*. Siglo XXI Editores. México, 1990, p. 429.

⁵⁹ *Idem*, pp. 431-432.

⁶⁰ "¿Es posible una filosofía auténtica en nuestro continente subdesarrollado, dependiente (y por ello subdesarrollado) y oprimido aún cultural y filosóficamente? Es posible sólo con una condición: que desde la autoconsciencia de su alienación, opresión, sabiéndose entonces estar



sufriendo en la propia frustración la dialéctica de la dominación, piense dicha opresión y vaya pensando desde dentro de la praxis liberadora una filosofía, ella misma también liberadora." Dussel, E. *Para una ética de la liberación latinoamericana*. Siglo XXI Argentina. Buenos Aires, 1973, p. 154.

⁶¹ Miró Quesada, Francisco. "Filosofía de lo americano: treinta años después" en *Ideas en torno de Latinoamérica*. UNAM-DUAL. México, tomo II, 1986, p. 1034.

⁶² "Esta preocupación por la ética, la política y la filosofía social explica el compromiso que siente el filósofo latinoamericano. No desea interpretar la realidad por un mero afán de conocimiento, sino que va en busca de un modo de conducta para él y sus semejantes. Adquiere así un compromiso con un estilo de vida para su patria y la teoría va seguida de la acción, que muchas veces desgraciadamente, debilita la teoría o la convierte en propaganda." Frondizi, Risieri y Jorge J. E. Gracia. *El hombre y los valores en la filosofía latinoamericana del siglo XX*. Fondo de Cultura Económica. México, 1975, página 20.

⁶³ Miró Quesada, Francisco. "Hombre, naturaleza, historia. El problema de una fundamentación

racional de la ética", *Congreso Internacional Extraordinario de Filosofía*, Universidad Nacional de Córdoba. Argentina, 1987, tomo I, p. 309.

⁶⁴ Mayz Vallenilla considera que la técnica constituye un intento de la voluntad de poder del hombre para tratar de superar su finitud y por lo tanto tiene un sentido positivo para éste pero no deja engendrar nuevas formas de enajenación: "La perfección del trabajo técnico significa, de tal modo, la creciente perfección de la propia técnica como sistema, de allí que, en tanto ello se incrementa también el trabajo y el quehacer del hombre pierda su finalidad natural -centrada como es obvio en la satisfacción de las necesidades humanas- y se oriente progresivamente a satisfacer las exigencias de la propia técnica. Si éstas coinciden o no con las necesidades humanas, si son favorables o perniciosas para el hombre, si acrecientan o destruyen su dignidad, es un problema secundario y posiblemente irrelevante para la propia perfección a que aspira el sistema; es, dicho con palabras precisas, un problema meta-técnico". Mayz Vallenilla, Ernesto. *Ratio Technica*. Monte Avila Editores. Caracas, 1983, p. 48.

⁶⁵ "Así, el proyecto de una filosofía que se guía por un afán de precisión y rigor racionales no se opone al de una filosofía de liberación, propugnada por Leopoldo Zea; en su versión más radical, procura la emancipación del pensamiento respecto de un sistema de dominación. Las dos vías convergen en una." Villoro, Luis. "Sobre el problema de la filosofía latinoamericana". *Prometeo. Revista Latinoamericana de Filosofía*. Universidad de Guadalajara, N° 7, septiembre-diciembre 1986, p. 38.

⁶⁶ Véase: Salmerón, Fernando. "La filosofía y las actitudes morales." Gracia, Jorge y otros. *El análisis filosófico en América Latina*. Fondo de Cultura Económica. México, 1985, pp. 265-292; "Razón moral. Los caminos de la razón práctica." *Congreso Internacional Extraordinario de Filosofía*. Universidad Nacional de Córdoba. Argentina, 1987, pp. 727-732.

⁶⁷ Rabossi, Eduardo. "Acercas de una prueba posible de los primeros principios éticos" en Gracia, Jorge, Rabossi, Eduardo y otros. *El análisis filosófico en América Latina*. Fondo de Cultura Económica. México, 1985, p. 141.

⁶⁸ Véase: González Álvarez, Luis José. *Ética latinoamericana*. Universidad Santo Tomás de Aquino. Bogotá, 1986.

⁶⁹ Serrano Caldera, Alejandro. *El fin de la historia: reaparición del mito*. Editorial 13 de Marzo. Universidad de La Habana. La Habana, 1991, página 127-128.